

EL ROSTRO DE DIOS EN EL LIBRO DE JUDIT

Nuria Calduch-Benages

(Publicado en *Reseña Bíblica* 74 (2012) 15-22)

El título de nuestro libro menciona explícitamente a Judit (“la hebrea”), hija de Merari y viuda de Manasés, una mujer muy rica, muy hermosa y muy temerosa de Dios, que con gran audacia y fe inquebrantable consigue liberar a su pueblo de un feroz enemigo, representado por Holofernes, general del rey Nabucodonosor. El libro de Judit narra la historia de esta heroína de Israel y nadie pone en duda su protagonismo. Sorprende, sin embargo, que el nombre más citado en el libro no sea el suyo sino el nombre divino. Mientras “Judit” recorre 32 veces, “Dios” y “Señor” referidos al Dios de Israel recorren 82 y 42 veces respectivamente. En total son 124 menciones del nombre divino, a las que habría que añadir sus varios epítetos. Y es que, de hecho, Dios es el verdadero protagonista de la historia. A partir de Jdt 4,2, la presencia divina es una constante que acompaña al lector hasta el final del libro. A excepción de los primeros tres capítulos, en cada uno de los trece restantes el Señor o bien es mencionado o bien invocado directamente por sus personajes incluido el narrador.

Dicho esto a modo de introducción, el objetivo que nos proponemos en estas páginas es descubrir el rostro de Dios a través de los títulos que se le atribuyen en los discursos, los diálogos y, en particular, las oraciones de los personajes que intervienen en la historia.

1. EL DIOS DE LOS HUMILDES

La gran lección del libro de Judit es que Dios salva a su pueblo de toda adversidad. El fundamento de esta doctrina se encuentra en la oración de Judit (9,1-14), más exactamente en el v. 11:

*“No está en el número tu fuerza,
ni tu poder en los valientes,
sino que eres el Dios de los humildes,
el defensor de los pequeños,
apoyo de los débiles,
refugio de los desvalidos,
salvador de los desesperados”.*

Estos humildes son el pueblo de Dios que vive rodeado de potentes enemigos paganos que amenazan con quitarle la independencia y la fe recibida de sus

padres. En esta situación de peligro, Dios no duda en salir en ayuda de su pueblo liberándolo por medio de instrumentos humanos que, a pesar de su fragilidad, logran realizar auténticas hazañas salvíficas.

¿Cómo se explica este amor preferencial de Dios por los pequeños, los humildes, los que parecen insignificantes? De hecho, esta preferencia divina es una constante en la historia de la salvación. Dios se revela en los débiles, los oprimidos, los últimos, las estériles, las viudas. La Biblia abunda en ejemplos: Abel fue preferido al primogénito Caín; Jacob tomó el puesto de Esaú; Gedeón fue elegido juez aun siendo el más pequeño de la familia más pobre de Manasés; David era el más pequeño de sus hermanos; mujeres aparentemente frágiles como Débora, Ester o Judit fueron escogidas como mediadoras de salvación para Israel. En nuestro libro constatamos una vez más que Dios elige al más pequeño para poder hacer cosas grandes por medio de él. Elige al débil (los israelitas, Judit) para confundir a los fuertes (los asirios, Holofernes). De eso estaba convencido Jonatán, hijo de Saúl, cuando intentando llegar hasta la avanzadilla de los filisteos, dijo a su escudero:

“Ven, crucemos hasta la avanzadilla de esos incircuncisos. Acaso Yahvé haga algo por nosotros, porque nada impide a Yahvé dar la victoria con pocos o muchos” (1 Sam 14,6).

2. EL DIOS DEL PUEBLO ELEGIDO

La imagen divina que se impone en el libro es la de un Dios estrechamente vinculado a su pueblo elegido, tanto a nivel colectivo como individual. Basta fijar la atención en algunos epítetos divinos: Dios de Israel, el Señor nuestro Dios, Dios de la heredad de Israel, Dios de nuestros padres, así como el uso frecuente del adjetivo posesivo (nuestro, su, mi) acompañando a Dios.

La expresión “Dios de Israel” aparece en seis ocasiones, cinco de ellas en boca del narrador, el cual nos cuenta que el pueblo entero clamó insistentemente al Dios de Israel para evitar la humillación de sus habitantes, el saqueo y destrucción de sus ciudades y la profanación de las cosas santas (4,21; en 6,21 invocaron su ayuda durante toda la noche), que Judit rezaba al Dios de Israel (10,1; 12,8) y que Ajior, viendo todo cuanto había hecho el Dios de Israel, creyó en él firmemente (14,10). Ahora bien, el texto que más nos interesa es 13,7, porque aquí escuchamos la voz de Judit sin intermediarios. Con la cabeza de Holofernes agarrada por los cabellos con una mano y con su cimitarra en la otra, Judit se dirige a Dios con estas palabras:

“¡Dame fortaleza, Dios de Israel, en este momento!” (13,7)

Judit está a punto de cumplir con su cometido, pero no lo lleva a término sin antes implorar la ayuda de Dios. Sorprende su invocación, pues no exclama “Dios mío”, como cabría esperar en un instante de tan elevada tensión, sino “Dios de Israel”. Y es que desde su aparición en la historia, Judit es consciente

de la envergadura y del alcance de su misión. No la lleva a cabo por intereses personales. No busca fama, ni honores, ni recompensas. No actúa a título personal sino única y exclusivamente en nombre de Dios, el Dios de Israel y de cada israelita. Instrumento eficaz de ese Dios suyo y de todos, Judit lleva a cabo la misión de liberar al pueblo de sus enemigos.

Se comprende, entonces, que Judit también se refiera a Dios como “el Señor, nuestro Dios”. Así lo hace repetidas veces en sus discursos a los ancianos (8,14.16.23.25) y a los habitantes de Betulia (13,11). Además de Judit, Ozías, uno de los jefes de la ciudad (7,30), también utiliza la mencionada expresión (cfr. 11,13; 13,17 y 13,20: “nuestro Dios”). Con ella no solo se pone de manifiesto la pertenencia a Israel de quien la pronuncia sino también el vínculo que une a los israelitas con su Dios. Dicho vínculo nos remite a la fórmula de alianza “Yo seré vuestro Dios y vosotros seréis mi pueblo” (Jer 11,4; Ez 36,28; Lev 26,10), que probablemente se inspira en una fórmula de contrato matrimonial atestiguada en los textos del antiguo oriente próximo. Y la alianza va unida a la liberación, como muestra el capítulo 6 del Éxodo. En los primeros versículos del relato se establece una relación explícita entre la alianza con Abrahán, Isaac y Jacob (“Me aparecí a Abrahán, a Isaac y a Jacob como El Saddy; pero mi nombre de Yahvé no se lo di a conocer. Después establecí con ellos mi alianza, para darles la tierra de Canaán, la tierra donde peregrinaron y moraron como forasteros”, 6,3-4), la liberación de Egipto (“Yo os sacaré de los duros trabajos de los egipcios, os libraré de su esclavitud y os redimiré con brazo tenso y juicios solemnes”, 6,6) y la alianza que el Señor concluirá con el pueblo elegido (“Yo os haré mi pueblo, y seré vuestro Dios; y sabréis que yo soy Yahvé, vuestro Dios”, 6,7). Esta alianza será decisiva para Israel, pues a partir de ese momento contará con la protección incondicional de Dios que lo defenderá ante el ataque de cualquier otro enemigo como el faraón. Esta idea de mutua pertenencia la expresa muy bien Judit cuando se refiere a Israel como la heredad del Señor (13,5: “tu heredad”) y al Señor como “Dios de la heredad de Israel” (9,12).

Abrahán, Isaac y Jacob son evocados en la expresión “Dios de nuestros padres” que el narrador pone en boca del pueblo (7,28) y de los ancianos de la ciudad (10,8). Las historias de los antiguos patriarcas proporcionan a Judit una buena ocasión para poner de relieve el significado de las pruebas que el Señor envía a sus fieles. Para quien ama a Dios, las tribulaciones no son un castigo sino un signo de la benevolencia y de la pedagogía divinas. Por eso, deben ser motivo de agradecimiento.

“Por todo esto, debemos dar gracias al Señor nuestro Dios que ha querido probarnos como a nuestros padres... Como los puso a ellos en el crisol para sondear sus corazones, así el Señor nos hiere a nosotros, los que nos acercamos a él, no para castigarnos, sino para amonestarnos” (8,25.27).

Judit quiere insinuar que también la presente calamidad entra en el plan de Dios como signo de su amor hacia el pueblo. Los israelitas tienen ahora ocasión de unirse a los antiguos padres, todos probados en el fuego del fracaso y la tribulación (cfr. Gen 22,1-19; 28,5; 29,22-30; 31). Si los ciudadanos de Betulia siguen el ejemplo de Judit, personificación de la auténtica fe de Israel, obtendrán la tan ansiada liberación.

Por último, tomaremos en consideración el discurso de Ajior, el amonita (5,5-21), en el que abundan las referencias al Dios de Israel. Es llamado “Dios del Cielo” en 5,8 (cfr. 6,19; 11,17), “Dios” (5,13.17), “su Dios” (5,9. 12. 17. 18. 19. 20) y “su Dios y Señor” (5,21). Las airadas preguntas de Holofernes (“¿quién es este pueblo...? ¿cuál es la importancia de su ejército?... ¿por qué... han desdeñado venir a recibirme?”, 5,3-4) obtienen respuesta en dicho discurso. De hecho, las palabras de Ajior son una evocación de la historia de Israel que nos recuerda los sumarios de los Salmos 78 y 105-106, Ben Sira 44–50, Sabiduría 10 y Hechos 7 en el Nuevo Testamento. En primer lugar, merece especial atención la expresión “Dios del Cielo”, de origen persa, que también se encuentra en los papiros de Elefantina del siglo V a.C. En la Biblia, sin embargo, se pone a menudo en labios de un no judío para designar al Dios de Israel. Así lo atestiguan varios textos postexílicos (cfr. Esd 6,9; Dan 2,18; Tob 10,11, entre otros). En segundo lugar, es de notar un elemento original que contrasta fuertemente con la tradición bíblica: Abrahán y su familia no abandonaron la tierra de Canaán por su propia iniciativa sino que fueron expulsados por sus habitantes; por esta razón se refugiaron en Mesopotamia (5,6). En tercer lugar, es muy significativo que todo el pasaje esté dominado por el “doble motivo” que citamos a continuación:

a) adorar a los dioses (5,7)

b) adorar al Dios del Cielo (5,8)

a') pecar contra su Dios (5,17)

b') convertirse hacia su Dios (5,19)

Por supuesto, no es ninguna coincidencia que “pecar contra su Dios” aparezca de nuevo, en los versículos siguientes, como parte esencial de las consideraciones de Ajior, según las cuales Holofernes tendría que decidir si atacar o no a los israelitas.

“Así pues, dueño y Señor, si hay algún extravío en este pueblo, si han pecado contra su Dios, y vemos que hay en ellos alguna causa de ruina, subamos y ataquémoslos. Pero si no hay iniquidad en esa gente, que mi señor se detenga, no sea que su Dios los proteja con su escudo y nos convirtamos en la irrisión de toda la tierra” (5,20-21).

En lugar de proponer objetivos militares a Holofernes, Ajior resulta ser un experto en cuestiones religiosas. Según él, el ataque del ejército asirio solo estaría justificado en caso de que los israelitas hubieran pecado contra su Dios. En caso contrario, Holofernes tendría que retirar su campaña, ya que en esa

situación Dios intervendría en favor de su pueblo poniendo en ridículo a las tropas asirias ante el mundo entero. Incluso un pagano se ha dado cuenta del apoyo incondicional de Dios para con su pueblo y del estrecho lazo que los mantiene unidos incluso en la desgracia.

3. EL DIOS OMNIPOTENTE Y MAJESTUOSO

Varios títulos atribuidos a Dios en la obra subrayan la omnipotencia y la majestad divinas. Así, por ejemplo, Judit en su discurso a los ancianos de Betulia se refiere a Dios como “el Señor Omnipotente” (*kyrios pantokrator*), título divino muy frecuente en los textos postexílicos (cfr. Sir 50,14; 2 Mac 1,25; Sab 7,25, entre otros):

*“¡Así teméis al Señor Omnipotente,
vosotros que nunca llegaréis a comprender nada!” (8,13).*

El mismo título lo menciona dos veces al comienzo y al final de su himno de acción de gracias (cfr. también 4,13 y 15,10). En 16,5 agradece al Señor Omnipotente que haya anulado a los asirios por mano de mujer y en 16,17 anuncia el castigo que el Señor Omnipotente impondrá el día del juicio a las naciones que se hayan rebelado contra Israel:

*“Ay de las naciones
que se alzan contra mi raza!
El Señor Omnipotente la castigará
en el día del juicio” (9,17).*

Así pues, el cántico termina con una perspectiva escatológica de maldición: el juicio punitivo que tocará en suerte a los enemigos del pueblo elegido. La cabeza degollada de Holofernes es símbolo del castigo definitivo de todos los enemigos del reino de Dios. Una conclusión muy parecida se encuentra en Jue 5,31, Is 66,24 y Jl 4,14.

La misma Judit, antes de asesinar a Holofernes, eleva su súplica al “Señor, Dios de toda fuerza” (13,4). El mismo título, ligeramente más largo y enfático, ya lo había utilizado en la oración del capítulo 9, más exactamente en su última petición:

*“Haz reconocer a naciones y tribus
que tú eres Dios,
Dios de toda fuerza y poder
y que no hay protector fuera de ti
para la estirpe de Israel” (9,14).*

La salvación de Israel pondrá de manifiesto la potencia del único Dios verdadero (cfr. Ez 20,22; 28,25-26). La llamada dirigida a todos los pueblos para que reconozcan al Dios de Israel es patética y los motivos por los que Dios debería

secundar el plan de Judit son apremiantes. Así pues, la pregunta que Holofernes había hecho a los cananeos en 5,3 (¿en qué estriba el poder y la fuerza de ese pueblo instalado en la montaña?) encuentra respuesta en esta oración de Judit.

Este Dios fuerte y poderoso es un Dios “quebrantador de guerras” (9,7; 16,2). Así se expresa Judit al inicio del cántico, cuando expone el motivo de su alabanza:

*“Porque el Señor es un Dios
quebrantador de guerras,
porque en su campamento,
en medio de su pueblo,
me arrancó de la mano
de mis perseguidores” (16,2).*

Este apelativo divino, “quebrantador de guerras”, nos remite a otros cánticos en honor del Señor en los que se alaban sus victorias. En el cántico de Judit nos parece oír en sordina a Moisés y los israelitas cantando: “Yahvé es un fuerte guerrero, su nombre es el Señor” (Ex 15,3) o la voz del orante en algunos salmos: “Detiene las guerras por todo el orbe; quiebra el arco, rompe la lanza, prende fuego a los escudos” (Sal 46,10), “Allí quebró las ráfagas del arco, el escudo, la espada y la guerra” (Sal 76,4). Resuena también la voz del profeta Isaías:

*“Yahvé come un bravo sale,
su furor despierta como el de un guerrero;
grita y vocifera,
contra sus enemigos se muestra valeroso” (Is 42,13).*

La imagen del Dios guerrero, muy frecuente en la literatura del antiguo oriente próximo y también en las páginas de la Biblia, puede chocar contra nuestra sensibilidad; sin embargo, no se trata simplemente de una imagen primitiva sino que forma parte de la comprensión y representación que Israel tenía de la divinidad. Por ende, es probable que fuera una de sus primeras imágenes. El famoso exegeta alemán Nobert Lohfink considera además que la imagen del Dios guerrero infunde esperanza en el tiempo, pues indica que existe una fuerza en el universo contraria a las fuerzas del mal. En su opinión, el Dios guerrero es simplemente la cara opuesta del Dios amor o del Dios redentor. Además de esta imagen, la mención en nuestro texto de “su campamento” (Jdt 16,2) alude a la presencia invisible pero eficaz de Dios en medio de su pueblo a la vez que nos recuerda la columna de nube que guiaba a los israelitas durante el día y la columna de fuego que los alumbraba en la noche para que pudiesen avanzar sin interrupción (cfr. Ex 13,21-22).

La majestad del Señor se manifiesta también en el título “Dios Altísimo”, utilizado una sola vez en el libro, que el narrador pone en boca de Ozías cuando se encuentra con Judit al regreso de su misión:

*“¡Bendita seas, hija del Dios Altísimo,
más que todas las mujeres de la tierra!
Y bendito sea Dios, el Señor,
Creador del cielo y de la tierra,
que te ha guiado para cortar la cabeza
del jefe de nuestros enemigos” (13,18).*

A la bendición de Judit sigue una bendición al Señor a quien Ozías atribuye otro título; le llama “Creador del cielo y de la tierra”. Según la disposición del texto, el Dios Altísimo se identifica con el Creador del cielo y de la tierra, es decir aquél que ha creado el universo entero y controla todos los acontecimientos de la historia. Una expresión muy similar, aunque más desarrollada, utiliza Judit para dirigirse a Dios en su oración:

*“Señor de los cielos y la tierra,
Creador de las aguas,
rey de toda tu creación,
¡escucha mi plegaria!” (9,12).*

Señalamos los puntos relevantes de esta súplica. En este caso, a la mención de los cielos y la tierra se añaden las aguas. Tres elementos que indican la totalidad de la creación. A su vez el autor insiste en la relación entre el creador y su obra mediante la imagen del “rey” y el adjetivo posesivo “tu” acompañando a creación. La imagen que el texto nos ofrece es la de un Dios soberano que ejerce su dominio sobre todo lo creado en cuanto obra de sus manos.

4. EL DIOS DE JUDIT

El Dios de Israel, nuestro Dios, el Dios de nuestros padres es también el Dios de mi pueblo, de mi padre, en definitiva, mi Dios. El Dios de una colectividad es también el Dios de cada uno de sus miembros. Así pues, en la oración de Judit contemplamos a un Dios muy cercano que siempre está presente en las acciones, palabras y sentimientos de nuestra heroína. Así empieza Judit su súplica:

*“Señor, Dios de mi padre Simeón (cf v. 12),
a quien diste una espada
para vengarse de los extranjeros
que habían soltado el ceñidor
de una virgen para mancillarla” (9,2).*

Judit no es hija de Simeón sino de Merari (1,8). Aquí “mi padre” significa “uno de mis antepasados”. Y Simeón es uno de los hijos de Jacob, autor junto a su hermano Leví del masacre de los Siquemitas. Esta fue su venganza por el rapto de Dina, su hermana (cfr. Gen 34). El recuerdo de este triste episodio sirve para establecer una conexión entre este hecho y la violenta profanación de la hija de Jacob, entiéndase Israel, por parte de los nuevos opresores del pueblo.

Una vez terminada esta larga alusión a la historia pasada, Judit de nuevo invoca al Señor llamándole “mi Dios” (9,4). La misma expresión utilizará en su primera entrevista con Holofernes (11,16.17) y en el cántico (16,1.13).

A propósito del primer encuentro entre Judit y el general enemigo, es de notar la frecuencia con que Judit menciona al Señor (Dios, su Dios, nuestro Dios, mi Dios, el Dios del Cielo, el Señor). Su discurso es una obra maestra a base de implícita ironía y de equívocos hábilmente manipulados. Judit ostenta una profunda religiosidad, acusa hipócritamente de impiedad a su pueblo y predice falsamente la inminente victoria del enemigo. Embelesados por su belleza y sabiduría, el general y sus ministros aceptan todas sus propuestas sin ofrecer resistencia. Es más, las aceptan unánimemente y de buen grado. Tanto es así que Holofernes pronuncia estas increíbles palabras:

“Si haces lo que has prometido, tu Dios será mi Dios, vivirás en el palacio del rey Nabucodonosor y serás famosa en toda la tierra” (11,23).

Ni que decir tiene que la afirmación “tu Dios será mi Dios” encajaría mejor en boca de los judíos. En cambio, el narrador la coloca en boca de un pagano poderoso. Completamente hipnotizado por Judit, Holofernes no solamente ha creído a pies juntillas en la propuesta de la mujer sino que ha olvidado que su soberano, el rey Nabucodonosor, es el único Dios (cfr. 6,2), y habla de convertirse a la religión de Israel. El general ha perdido la razón y está al borde de la locura. Es verdad que el Dios de Judit será el Dios de Holofernes, pero no para concederle la victoria sino para humillarlo. La verdadera conversión es la de Ajior, quien, después de la victoria de los judíos, se hizo circuncidar y quedó anexionado para siempre a la casa de Israel (14,10).

Ahora bien, el Dios de Judit emerge con todo su esplendor en el cántico, es decir en el himno de gracias que nuestra heroína pronuncia en la solemne ocasión de la victoria sobre el ejército asirio (16,1-17). En línea con la tradición de Ex 15 (el cántico del mar) y Jue 5 (el cántico de Débora), el cántico de Judit subraya la confianza que deriva del auténtico temor del Señor (16,16). Si en la primera parte ella alaba al Señor de la historia – concretamente de la historia de Israel –, en la segunda alaba al Señor de la creación. Así pues, el Dios que guía los avatares de la historia es el mismo que controla y somete todos los elementos del universo.

Judit nos invita a alabar a Dios con el canto y los instrumentos musicales porque el Señor es “un Dios que quebranta las guerras” (cfr. 9,7 y Ex 15,3). El Señor Omnipotente es al mismo tiempo el Dios universal de Gen 1,1, del Deutero-isaiás (40–45) y de tantos Salmos (cfr. Sal 33; 86; 97; 104; 144; 146...). Todo cuanto existe, incluido el ser humano, existe gracias a Dios, gracias a su voluntad. La creación es, pues, la manifestación de la grandeza, la gloria, el poder y la fuerza omnipotente del Señor:

*“Tú eres grande, Señor, eres glorioso,
admirable en poder e insuperable!” (16,13).*

Al final del cántico, Judit lanza una amenaza contra todos las naciones que se rebelan contra su pueblo (16,17). El tono y los términos utilizados (juicio, fuego, gusanos, dolor) pertenecen a los discursos escatológicos en los que se apela al juicio de Dios sobre todos los pueblos al final de los tiempos (Jl 4,1-1; Is 66,24; Sir 7,17). Así pues, el aspecto punitivo también forma parte del rostro de Dios que hemos intentado plasmar en estas páginas.

5. CONCLUSIÓN

El libro de Judit nos ofrece una visión de Dios tradicional de Israel. Un Dios omnipotente, señor de la historia y de la creación, siempre dispuesto a liberar a su pueblo elegido de cualquier enemigo o adversidad. El Dios de los humildes, el Dios de Israel, el Dios de Judit es aclamado e invocado en el libro con palabras grandilocuentes y solemnes atributos. Sin embargo, es un Dios cercano, amigo, misericordioso, capaz de oír y ver la angustia de su pueblo y de salir inmediatamente en su ayuda. Un Dios que, como en numerosas ocasiones a lo largo de la historia, ha salvado a su pueblo por manos de una mujer, Judit, instrumento de la justicia y salvación divinas.